

MENSAJE DEL PRESIDENTE DEL SENADO, LCDO. RAFAEL HERNANDEZ COLON, EL DIA 16 DE MAYO DE 1970, A LAS 8:00 P. M., EN EL HOTEL EL CONQUISTADOR DE FAJARDO, CON MOTIVO DEL HOMENAJE QUE LA CAMARA JUNIOR DE PUERTO RICO (JAYCEES) OFRECIERA AL HON. LUIS MUÑOZ MARIN AL SELECCIONARLO EL HOMBRE MAS DESTACADO DURANTE LOS ULTIMOS VEINTICINCO AÑOS

Release time: 16 de mayo de 1970
9:00 P. M.

Es esta una noche de gran interés histórico en la vida de nuestro pueblo. Se reúne aquí, de todos los puntos de la isla, un grupo de jóvenes dedicados a diferentes quehaceres para rendir homenaje al más grande de todos los puertorriqueños. Precisamente porque son personas jóvenes las que le rinden este homenaje es que la noche de hoy tiene una profunda y honda significación histórica.

Luis Muñoz Marín recibe el homenaje de toda una generación de puertorriqueños que indudablemente debemos a él el éxito de nuestras vidas. Estoy seguro que sin la existencia de Luis Muñoz Marín el curso de la historia de Puerto Rico sería otro, y también otro, muy diferente, el curso de nuestras vidas. A él, a su entera dedicación a los grandes ideales del pueblo de Puerto Rico, a su gestión honesta y desinteresada sin más ambición que la de servir bien a su pueblo, es que debemos este Puerto Rico que nos enorgullece tanto, y al que estamos obligados también nosotros a servirle, como él le ha servido y le seguirá sirviendo en el futuro.

Ponemos esta noche a enumerar los logros de Luis Muñoz

Marín en su gestión política y pública sería tarea interminable. Sus logros están ahí. Y aunque muchos de los que estamos esta noche aquí nacimos en los albores de la revolución pacífica que ha vivido nuestro pueblo en los últimos treinta años, y algunos después de haber empezado con toda su fuerza esa revolución, el Puerto Rico que hoy vivimos es real y magnífico testimonio de sus grandes logros. Por eso creo que no es necesario que yo entre a enumerar ni siquiera algunos de sus más destacados logros. Esos los vive Puerto Rico hoy. Y los atesorará en su corazón a través del tiempo.

Sí me interesa señalar el reto que tuvo Muñoz Marín cuando apenas tenía 42 años de edad. A este reto se enfrentó él y los hombres que lo acompañaron con un movimiento con proyección y mística plena de juventud.

Muñoz inicia la segunda etapa de su carrera política --ya en 1920 se había unido a Santiago Iglesias en el movimiento renovador de justicia social que aquel capitaneaba-- en las filas del Partido Liberal, en 1932. El dolor de su pueblo, sentido en carne viva, lo hace iniciar dentro de ese partido una lucha contra los grandes intereses y las fuerzas conservadoras que dominaban la orientación básica del partido liberal. Esa lucha que tiene su epílogo en Carolina en la célebre reunión de Naranjales, lo lleva a fundar el 22 de julio de 1938 el Partido Popular Democrático. Logra transmitir en su recorrido por todo el país, por la montaña y en el llano, en el cañaveral, en

el cafetal, en la casa destartalada del jíbaro, su mensaje de renovación, de creación, de modelación del Puerto Rico que lleva en el alma. Logra hacer del Partido Popular Democrático la expresión más cabal de los anhelos y esperanzas que tiene la juventud puertorriqueña en la historia del país.

La década del '30 era una época dolorosa y oscura en la vida de nuestro pueblo. El dolor y la angustia estaban enrosacados en el fogón de cada hogar puertorriqueño como símbolos de la miseria y de la desesperanza de nuestro pueblo. Puerto Rico era entonces un pueblo que no sabía a donde ir. Y tampoco tenía fuerzas para escoger ningún camino. Era un pueblo sumido en el fatalismo, en la dejadez, sometido al destino, sin que hubiera en él voluntad para poner freno a aquella miseria y a aquel dolor. Era un pueblo que no era. Era un pueblo que se moría en su propia inercia, en su propio abandono. Era un pueblo sumido en la desesperanza, en el letargo y de pronto, retumbó en Luquillo y en Barranquitas --llanura y montaña-- la voz del líder. Y la conciencia del pueblo de Puerto Rico empezó a insuflarse de ánimos y se fue traduciendo en cruces y firmas para dotar a Luis Muñoz Marín del instrumento político que en el curso de treinta años habría de transformar creativa y revolucionariamente la vida del país. Muñoz con su movimiento --porque era más un movimiento que un partido político-- rompió precedentes, estableció

normas, revolucionó la conciencia del puertorriqueño, le fue dando tono al espíritu puertorriqueño, le fue abriendo horizontes, caminos nuevos, y el puertorriqueño aletargado, adolorido, desesperanzado, empezó a sonreír de nuevo, a sonreírle a la vida, a ser él, a sentirse dueño de sí mismo, a ser puertorriqueño cabal y auténtico.

Todos tienen que recordar, y será siempre el gran jalón de su lucha, la campaña contra la compra-venta del voto. Era que a Luis Muñoz Marín no se le quitaba del pensamiento --lo llevaba muy adentro en el espíritu, en el calor de la sangre, en el tuétano de los huesos-- la horrorosa y cruel experiencia que en 1924 vivió en el pueblo de Moca, cuando el día de las elecciones vio como se compraban los votos de los pobres jíbaros puertorriqueños. Aquel degradante espectáculo le torturó el alma. Sabía él --lo entendió allí mismo-- que a menos que se desarrollara una escuela de pensamiento político que arrasara con esa mala maña de la vida política puertorriqueña, el puertorriqueño no tendría salvación. Y catorce años después de aquella visión dolorosa y angustiante que le conturbaba siempre el espíritu, inició su campaña victoriosa para limpiar ese lastre de la vida política del país.

Claramente todo el proceso formativo en el aspecto político y todo el proceso de la obra de gobierno del movimiento se enmarcaron en ideas nuevas, en conceptos nuevos, en innovaciones, en

romper viejos moldes y tradiciones y precedentes, en darle una nueva tónica vigorosa y realista a la vida puertorriqueña. Por eso es claramente el movimiento político de Luis Muñoz Marín un movimiento de juventud.

Había que enfrentarse no solo a las normas carcomidas de la política de entonces, sino que había que enfrentarse con más vigor aún, con mayor empeño renovador, con mayor dedicación y generosidad a hacerle ver al puertorriqueño que su salvación como pueblo estaba en su propio espíritu y en su propia alma, en su propia voluntad, y que tenía que inyectarse vigor juvenil, pensamiento nuevo, sacar fuerzas de donde no las hubiera, estrujarse el corazón, para darle a Puerto Rico y darse a sí mismo una nueva y mas humana y mas creativa civilización. Y el llamado de Muñoz le atrae a las fuerzas de su movimiento político a toda una pléyade de gente joven, gente que no tenía interés directo y personal alguno en la vida política que vivía Puerto Rico, pero que soñaban en su dolorosa desesperanza con una voz que hendiera la oscuridad tenebrosa de la vida del pueblo puertorriqueño. Muñoz fue la voz nueva en aquel momento histórico y le llevó al puertorriqueño una visión clara y esperanzadora del Puerto Rico que era necesario hacer, del Puerto Rico que necesitaban los puertorriqueños, y rompiendo moldes existentes en la manera de bregar con la política en el país, sorprendió a

Puerto Rico. Muchos de ustedes no lo saben. Lo han leído nada más. Pero millares de puertorriqueños a lo largo y a lo ancho de Puerto Rico saben de las injurias y de las calumnias y de las injustas y falsas y maliciosas imputaciones atentatorias a la dignidad del ser humano que se le hicieron a Luis Muñoz Marín y a sus seguidores. Es el ataque que siempre se le hacen a las ideas renovadoras, a los movimientos de jóvenes, a las tendencias nuevas, a los enfoques innovadores y revolucionarios, por los que quieren el status-quo, por los que le tienen miedo a todo lo que no sea lo que ellos están viviendo y disfrutando sin importarles siquiera si el disfrute es para solo un grupo de privilegiados.

Puerto Rico se encuentra hoy en una etapa evolutiva en que se hace imperativo que comience una segunda etapa de su revolución pacífica. Y la segunda etapa de su revolución pacífica será la que corone en logros definitivos y perennes la obra de este gran e ilustre puertorriqueño que honramos hoy.

Nuevamente la juventud Puertorriqueña entra en escena en el gran esfuerzo innovador. En 1940 la voz vibrante y nueva de Muñoz Marín les sirvió de guía y orientación a aquella pléyade de hombres de distintas edades pero con una actitud nueva ante la conciencia puertorriqueña de entonces. Clarines que retumbaban en los oídos y se anidaban en el corazón para producir una generación de excelencia, con espíritu generoso y honesta dedicación. Clarines

que señalaron el camino, levantaron el ánimo y disiparon el letargo del puertorriqueño. Clarines que le dijeron al puertorriqueño que era un pueblo una conciencia viva con un gran reto ante la vida.

Hoy, en 1970, la juventud puertorriqueña tiene la misma responsabilidad que en 1940. Pero hoy la juventud tiene actitudes un tanto diferentes a las del 1940. La juventud de hoy es más activa, más adentrada en los problemas del país. Es parte integral --y muy importante-- de la problemática puertorriqueña. La juventud de hoy, como el puertorriqueño de hoy en general, está más atenta, tiene más interés en el quehacer puertorriqueño. Como ya es --en 1940 no era-- sigue atenta al ritmo del pulso de la vida del país. En 1970 el joven puertorriqueño tiene una imagen del Puerto Rico que él quiere, que él anhela, que él desea para sí mismo y para los demás. Su actitud de hoy se diferencia en eso de la actitud de la juventud de 1940. La de entonces --producto del letargo, del fatalismo y de la esperanza que embargaba el espíritu del puertorriqueño-- no tenía una imagen propia del Puerto Rico que deseaba. Anhelaba cambio --esa es aspiración suprema de la juventud aún en la mayor desesperanza-- pero no tenía los perfiles claros de su anhelo. Su anhelo de cambio se perdía en la penumbra del dolor y la angustia que invadía la vida del país. Es al entrar en escena Luis Muñoz Marín, con voz recia, y rica en nuevas proyecciones para la vida del país, que la juventud de entonces percibe los claros contornos y los perfiles definiti-

vos del Puerto Rico que tenía en su subconciencia y que el aturdimiento y conformismo en que vivía el país no le dejaba ver ni proyectar. Muñoz, joven de poco más de 40 años, le da tono y contorno al pensamiento político puertorriqueño. Y de ahí en adelante, durante tres décadas, llena la vida de Puerto Rico. Con la mano en el timón lleva al país a grandes logros y progresos continuados. Su obra portentosa es reconocida por todos dentro y fuera del país.

Hoy la juventud puertorriqueña busca el camino. El camino, para hacer su contribución al gran destino histórico del pueblo puertorriqueño. Contribución de altura y de excelencia que puede y debe hacer esta nueva generación de puertorriqueños, capacitados y preparados sobre la base del esfuerzo, la visión y el sacrificio de la generación que acompañó a Luis Muñoz Marín.

Los tiempos que hoy vivimos se asemejan en la dificultad de su problemática a los tiempos en que se comenzó a forjar el movimiento que capitaneó Luis Muñoz Marín. En aquellos tiempos fue una gran depresión económica la que estremeció la conciencia de nuestro pueblo y la del pueblo hermano, los Estados Unidos de América.

Hoy, es una guerra en el remoto continente asiático, la cual conturba profundamente a nuestro pueblo y a los Estados Unidos de América. Los recientes acontecimientos han llevado a los Estados Unidos a una confusión, a una perplejidad y a una angustia que no

tiene paralelo en nuestras vidas.

Esta guerra plantea cuestiones profundas de moral y nuestro pueblo no le haría honor a su propia dignidad y al pueblo hermano con el cual estamos asociados, si no asumimos posiciones verticales frente a las graves cuestiones envueltas. Corresponde a ustedes, y a toda esa juventud puertorriqueña noble y generosa, de ideales prístinos, de dinamismo y vigor para imponerlos, asumir la vanguardia frente a estos retos con que se confronta el país. Esta guerra debe terminarse; las tropas de norteamericanos y puertorriqueños deben ser retiradas ya de este conflicto asiático, de modo que volvamos a enfocar nuestros verdaderos problemas. Ya es hora de reorientar nuestras prioridades para construir una mejor civilización tanto aquí como en los Estados Unidos. Ya es hora de comenzar nuevamente el camino que conduce a la superación del ser humano, a ennoblecer una civilización, a la paz y a la tranquilidad de la conciencia.

A ustedes, los puertorriqueños de mi generación, yo les digo lo siguiente: Los próximos 30 años presentan un reto de primera magnitud para el pueblo puertorriqueño. Pero el reto es ante todo para nuestra generación que será la generación llamada a dirigir los esfuerzos de este pueblo durante esos 30 años. El reto es el siguiente: Estamos llamados a continuar y superar la profunda revolución de conciencia que comenzó en Puerto Rico en 1940. Esos 30 años que terminarán al vencer el siglo, deben ser 30 años

de superación y logros en el terreno político, en lo económico, en lo social, en lo cultural. La calidad y la excelencia de la civilización puertorriqueña al llegar el siglo 21 será indicativa de la medida en que nos impongamos a este reto.

Muñoz en 1940, a los 42 años, fundó un movimiento de juventud y se impuso victoriosamente a los grandes retos de entonces. En el arco del tiempo, treinta años después, Muñoz, mediante su renuncia al poder, facilita el que una nueva generación de puertorriqueños se apreste a meterle el hombro a la segunda etapa de la revolución pacífica que él inspiró y ayudó a realizar. Al retirarse hace unos días se refiere a la causa "en que fundí mi vida entera" como ya antes lo había hecho su ilustre padre. Esa causa en ambos seres es Puerto Rico, únicamente Puerto Rico, primero y sobre todas las cosas de Puerto Rico, con devoción, con generosidad, con entera dedicación, sin el menor asomo de ambición. Solo servir bien a Puerto Rico. He ahí la síntesis de su vida toda.

Amigos y compatriotas, en esta memorable noche en que honramos al más ilustre de los puertorriqueños, frente a él, con reverencia, comprometamos nuestras vidas jóvenes al servicio de Puerto Rico, de la misma manera y con las mismas actitudes que él lo ha hecho siempre. No puede haber mejor homenaje a Luis Muñoz Marín que nuestras acciones y obras por Puerto Rico sean inspiradas y dirigidas por el mismo espíritu de servicio a su pueblo

que inspiraron sus acciones y sus obras. Solo haciendo lo que él hizo, como él lo ha hecho, es que podemos cumplir la encomienda que como mejor homenaje a él nos hemos impuesto: servir siempre bien a Puerto Rico. Y realizar plenamente y vigorosamente los grandes ideales de su vida en la segunda etapa de nuestra revolución pacífica que Puerto Rico reclama.

Honremos a Muñoz Marín más que en su obra hecha, en la realización cabal de los grandes ideales que inspiran su vida. El no espera menos de nosotros. Nosotros para honrarlo, no podemos darle menos. Que así sea. Que nos ayude Dios.